

GOYCOECHEA MENÉNDEZ, MARTÍN (1877-1906)

GUARANÍ

I

Era en la tarde serena y magnífica, frente a una llanura de delicadas combas, en el borde de la selva, cerca del alero de un rancho.

En el ocaso, el sol iba cambiando en púrpuras sus cataratas de oro. Sobre un cedro secular, una orquídea agitaba sus pálidos pétalos celestes. Suavemente llegaban arrullos de palomas, que hundían el pico bajo el ala en los nidos cercanos. Un potro mordía en el anca a su yeguada para internarla en la espesura. Hacia el cenit, las garzas remontaban, desplegaban el lento vuelo de sus alas.

María llegaba del manantial cercano, trayendo sobre su cabeza el rojo cántaro de barro cocido. En sus trenzas gruesas y sueltas sobre las espaldas, lucía un ramillete de amarillas flores de enredadera. A través del blanco *typoi*, dibujábanse hendiendo el fino ñandutí, las agudas puntas de sus senos. Al caminar, haciendo rechinar la arena bajo sus pies desnudos y lustrosos, se agitaban rítmicamente sus caderas. Ceñido al cuello llevaba un collar de corales con largos pendientes de oro.

Venía del manantial cercano donde estaban las tres cruces, en las cuales renovó los finos paños de hilo tejidos por sus manos y ante las que dejó encendido un largo cirio de cera virgen. Antes de llenar su *cambuchí*, estuvo rezando para que *Ñande-Yara* la librase de Mateo, brutal cazador del monte, que con frases obscenas y ademanes licenciosos la pretendía y la humillaba, y con todo el fervor de su alma se puso bajo la protección del *Carai-Guazú* que todo lo anima, del ser benevolente que hace florecer los naranjales, del padre desconocido que ha creado los insectos, los hombres y los animales salvajes.

Aquella tarde, mientras rezaba, sintiose hondamente conmovida. Cuando tuvo las mejillas llenas de lágrimas, las enjugó con el paño de las cruces. Creyó haber cometido un sacrilegio, pero luego consolose, pensando que ellas debían haber sido gratas a los muertos desconocidos que yacían bajo el calvario, y cuyas almas errantes llenaban de misteriosos rumores toda la extensión de la selva y de la llanura. Sin darse cuenta porqué, sus temores se desvanecieron con sus lágrimas, y algo decía en el fondo de su espíritu que ella sería de quien quisiera. Apuraba su marcha para llegar cuanto antes, y su paso era rápido, breve, vigoroso.

Al penetrar bajo el alero del rancho, Cirilo, que estaba sentado en una hamaca de hilamentos de cuero, le dirigió una frase picaresca. Venía tan llena de flores que hasta los santos se morirían de celos.

-¡Vaya -respondió María-, creo que el *paí* no me permitirá entrar más en el oratorio!

Y quiso alejarse, pero el muchachón, rogando y sonriendo, le pidió una de las flores de enredadera que llevaba en las trenzas. Ella se las dio y Cirilo sujetólas en el nudo de su pañuelo, para que allí estuvieran hasta que el viento se llevase la última hoja.

Como el *ysypó* al quebracho, así se había prendido Cirilo a aquella casa. Estaba allí porque una tarde, al tender su recado bajo el naranjal, se encontró lleno de afectos, y decidió quedarse hasta cuando Dios quisiera. El ser errante que hacía un año vagaba por las orillas del Ypoá, conocedor de su fondo y de los temibles peligros que encerraba; que había visto a las *yararás* convertirse en las brujas del agua, y que en las noches tormentosas contempló más de una vez al diablo de la laguna, montado sobre un *yacaré pytá*, navegando entre el oleaje encrespado y terrible, echó raíces bajo el techo de aquella casa, sin pensar en alejarse hacia otros valles, donde la vida se le presentase menos calmada pero más productiva, satisfecho de contemplar a todas horas la figura de María, que al pasar a su lado, dejaba transparentar entre la enagua las delicadas curvas de su cuerpo.

Con sus cabellos oscuros y lacios, sus ojos pequeños y radiantes, la nariz roma y naciente el bozo, cubierto con poncho orlado de abundante fleco, larga la bombacha y los anchos pies curtidos por el sol, las lluvias, los arenales y las malezas, era Cirilo una bella expresión de vida sana y robusta, de soberana potencia en la carne y en el alma, de libertad sin límites.

Y, sin embargo, allá en su interior sentíase cohibido. Tenía rabia de sí mismo al creerse humillado, preso involuntariamente por una mujer a quien otro pretendía, que no sabía nada más que sonreír, y de la cual, hasta ese momento, no obtuvo otro favor que el de estar a su lado, verla hilar algodón o tejer ñandutí. Aquello era muy estúpido, se decía, para un hombre como él, que nunca respetó a las hembras y de las cuales se burló cuantas veces quiso. Y bajo su recado, guardaba todavía una trenza rubia con una cinta rosada.

Lleno de hondos y agudos sufrimientos, pasaba días enteros sin hablar con nadie, sentado sobre algún tronco o tendido en una hamaca; largos días llenos de tristezas, en los que concluía por internarse en el monte, tirarse bajo algún lapacho y permanecer allí muchas horas, inmóvil, con los ojos abiertos y el cuerpo rígido. Luego, se levantaba de un salto, como si alguien le despertara violentamente durante el transcurso de un largo sueño, su rostro se animaba, una sonrisa lucía en sus labios y regresaba hacia el rancho arrancando puñados de hojas de la espesura y dando manotones a las mariposas.

En las noches que precedían a esos estados de postración indefinida, soñó varias veces con María y todos sus sueños fueron raros y tenebrosos. En uno de ellos se contempló ahorcado con las trenzas de esa mujer; en otro, vio surgir mucha sangre de su corazón y formarse con ella una gran laguna, en cuyo fondo la muchacha se ahogaba lenta, muy lentamente.

Una vez se atrevió a decir a María todas esas cosas, y ella le respondió con una risotada, mientras sus brazos se hundían hasta el codo en la harina de mandioca que amasaba, salpicándose con ella el cuello y manchando de blanco purísimo los rizos de sus sienes.

Y, desde entonces, para no soñar más, Cirilo llevaba atada en el pecho, junto al corazón, una raíz de caraguatá, a fin de amortiguar la carne y adormecer el alma.

Por fin resolvió hablarla con franqueza. Le había dado una cita para aquella noche y no sabía a punto fijo cómo se iba a desempeñar. Sólo ansiaba desahogarse, cortar de una vez aquel nudo ciego que le oprimía la garganta y le atajaba el aliento. Y hacía media hora - cuando María se encaminó hacia el manantial, al verla perderse entre una de las vueltas del sendero- que sintió unas ganas locas de correr tras ella, tomarla del talle y llenarle de besos la boca... Pero se contuvo, y entre sus manos sudorosas y febriles, hizo pedazos una rueca de algodón recién hilado.

Y llegó la noche, toda llena de grave melancolía estival. La selva, bajo la primera y húmeda caricia del rocío, sentíase procreadora, repleta de infinita fecundidad. Un suave relente agitaba el follaje, poblándolo de rumores vagos y prolongados.

Insectos luminosos, de fosforescencias violadas o rojizas, vagaban por el campo; los luceros de la tierra, las luciérnagas, se confundían a la distancia con las luciérnagas del cielo, las estrellas.

Cirilo, bajo el cedro secular que se alzaba en las cercanías del rancho, esperaba lleno de ansias y temores a que saliera María. ¿Cómo comenzaría?, se preguntaba. ¿Le diría de golpe todo aquello que le incendiaba el alma, o debía expresarse sin hablar, es decir, tomándola del talle, allí, bajo el nervudo ramaje del árbol centenario lleno de nidos en los cuales piaban dulcemente los polluelos, a fin de colmarla de caricias y tenerla junto a su pecho mucho tiempo, tanto como ella lo quisiera? De pronto, pensó que Mateo podría llegar a arrebatársela, y, estrujando las puntas de su pañuelo, juró que la haría su mujer aunque ella no lo quisiera. Hubo instantes en que tuvo los ojos llenos de lágrimas.

Y por el camino donde crecían los resedás silvestres, una figura blanca apareció. Se deslizaba suave, aérea, lenta. Era María acudiendo a la cita de Cirilo. Parecía a la distancia, vagamente fluminada por la luz del fogón que ardía junto al rancho, el alma misteriosa de los manantiales cercanos, acercándose a través de los rosales y los aromos en flor.

Y llegó por fin. Cirilo le tomó una mano, y así, estrechándosela y sin pronunciar una palabra, permaneció largo rato. Luego comenzó a hablar, pero de nuevo se detuvo; las palabras parecían no querer pasar de su garganta. Balbuceó, unas cuantas frases, hasta que al fin se lo dijo todo. No era más que un trabajador, [33] un pobre gaucho, que tenía por única fortuna su poncho, su lazo y su potro. Desde hacía ocho meses, por sus trenzas y sus ojos, estaba allí penando, sin decir nada, ante la puerta del rancho. Le pedía dulcemente que rechazara a Mateo, que fuera su mujer, para transformarse de una vez en

hombre de provecho. Y siguió suplicándola durante largo rato, desflorando su alma a veces con sonrisas, a veces con sollozos.

María callaba. Con la cabeza inclinada oíale decir cosas que jamás escuchó. El gaucho la estrechaba cada vez más, le ceñía el talle con sus brazos, la volvía loca con sus brutales caricias, llevándola junto a su ancho tórax de macho potente y adolorido. Y esa carne de hierro que despedía acres vahos de sudor, ese brazo poderoso que parecía destrozarla entre su cordaje de músculos, aquel aliento que partía de unos labios ardientes y temblorosos y aquellas frases truncas en que la pasión borbotaba, la vencieron, la entregaron.

Y bajo el ramaje secular de aquel cedro poblado de nidos en los que piaban dulcemente los polluelos, vibró un primer beso, con un chasquido seco, nervioso, acerado.

A la distancia, las luciérnagas de la tierra seguían confundándose con las estrellas del cielo.

II

El rancho estaba de fiesta aquella noche. Celebrábase la Exaltación de la Cruz, y, con tal motivo, la dueña de casa exhibía la *curuzú yegud*, la cruz adornada, cuya añeja fama extendíase a diez leguas a la redonda.

La ceremonia estaba en su apogeo. Desde el interior de la gran pieza en que se realizaba, partían acentos de niños entonando cánticos sagrados. Un suave aroma de incienso llenaba el ambiente. Grupos de gauchos, con la cabeza cubierta, se entreveían en la ramada. Algunas muchachas cruzaban, distribuyendo mosto, caña blanca y aloja recién elaborada.

Silenciosamente, Mateo había llegado hasta la puerta del rancho. Al quitarse el sombrero, un golpe de luz luminó su rostro de facciones enérgicas, coronado por espesa cabellera de color castaño [34] oscuro. Llevaba poncho gris, bombacha blanca, y un pañuelo de seda anudado al cuello, cuyas puntas, flotantes sobre las espaldas, mostraban letras bordadas con hilo verde. En sus talones sonaban grandes espuelas nazarenas. El gaucho miraba fijamente a María, que, prosternada ante el altar, echaba granos de estoraque en un pequeño brasero. El ambiente de la pieza estaba saturado de olor a benjuí silvestre, de vahos de carne humana amontonada y de las emanaciones carbónicas de las luces y de las flores.

Iniciábase ya el final de los rezos. Largos cirios de cera virgen formaban un bosque alrededor de la cruz. Pequeños y toscos ángeles de alas amarillas y rostros de bermellón subido, volaban bajo un cielo de césped. Ramos de helechos, de rosas silvestres, tornasolados mangos, margaritas del arroyo, azucenas matizadas de puntos negros y flores del aire, orlaban el altar en desordenada profusión. Arriba de la cruz, en triple curva, un arco de follaje sostenía la *chipa* destinada a distribuirse entre la concurrencia.

Toda una fauna nunca vista, una floración maravillosa, había surgido de la harina de las mandiocas, al dorarse en el horno de la barraca. Gallos diminutos, de cabezas monstruosas, saurios fenomenales, perros con rabos en espiral, pájaros de cuádruples alas, caballos sin crines y sin patas, se mostraban allí, sobre aquel fondo de luciente esmeralda. Como una copiosa nevada de oro destacábase la ofrenda, el dulce maná presentado ante la divinidad por los hombres agradecidos, y por la tierra, grata también al desbordar en la riqueza de sus gérmenes.

Los niños seguían entonando sus cánticos. Sus cuerpecitos semidesnudos se agrupaban en desordenada confusión al pie del calvario. En las sienes llevaban coronas de flores amarillas y celestes.

De sus pequeñas gargantas el himno sagrado partía delicado, armonioso, intenso, repleto de la dulce poesía del alma de la raza.

«Salve *curuzú* -cantaban los niños-, salve cruz que protejes a los débiles y que cuidas a los muertos y a los pájaros del monte. Cuando en las noches te cubres de rocío, las gotas desprendidas de tus brazos hacen florecer las azucenas, que entreabren sus cálices en las tristes tumbas solitarias.»

«¡Salve *curuzú*, auxiliadora, benéfica, luminosa, omnipotente!», decían las mujeres. «¡Salve!», repetían los hombres, el bosque, la llanura, la noche toda voceando con sus temblorosas lenguas de plata.

Callaron los cánticos. Bajo la ramada un arpista indígena principió a modular un aire triste, de ritmos ondulados. Un muchacho pausadamente le acompañaba, arrancando graves vibraciones de su rústico violín. Era aquello el final de la ceremonia. Se ofrendaba a la cruz un trozo de pan sagrado, la chipa que no debía tocarse, la que permanecería envuelta en blanco paño de fino hilo y de la cual se quemarían trozos en los días de tormentas, para ahuyentar los rayos y apaciguar los huracanes.

Cuando aquella simple liturgia terminó de ponerse en práctica, las mujeres, besando el pie del calvario, tomaron cada cual su chipa. Los niños, agrupándose en torno de sus madres, solicitaban a gritos ángeles, caballos y perros. Comenzaron a resonar carcajadas. El arpista inició los primeros compases de una pieza de tonos ligeros, que invitaba a principiar el baile. Cirilo y Mateo estaban de pie, junto a la puerta, esperando que María saliera, para recoger las primeras chipas. Y la muchacha se presentó con una carga de pan oloroso y brillante.

-A ver si toman su parte -dijo- pues me duelen los brazos con tanto peso.

Y sonriéndose, agitó la cabeza para echar hacia atrás los negros rizados sobre su frente. Mateo extendió la mano para tomar un corazón que venía en lo alto de la pirámide, un pan pequeñito y delicado, el más dorado y hermoso de todos; pero Cirilo, adelantándose, se lo apropió diciendo:

-Es mío; lleva mi marca.

Y mostró una rústica flor señalada en la corteza. Mateo, pálido de despecho, replicó después de un breve instante de silencio:

-Parece que para buscar hacienda, se hubiera entrado, *ché amigo*, en campo ajeno.

-Qué quiere -replicó Cirilo-, uno no tiene la culpa de haber encontrado esa ternera orejana fuera del corral.

Y se alejó para tomar asiento entre los grupos de mujeres, que, lanzando locas carcajadas, jugaban *prendas*, dándose pellizcos en la desnuda carne de los brazos. Los chiquillos corrían de una parte a otra, distribuyendo caña, mosto, aloja fresca y dulces de miel de abeja y de maní pisado. Dos o tres parejas bailaban, zapateando en una esquina de la enramada. Fuera, bajo el naranjal, entreveíanse siluetas blancas que se alejaban. Eran muchachas que iban furtivamente, abrazadas a sus novios.

Y pasaron dos horas de tumulto, de sana e ingenua alegría. Ya no se bailaba, y la madre de María saludaba a los que se alejaban con las frases usuales de las largas despedidas. Los pequeñitos gemían y las madres, para calmarlos, sacaban a través del ñandutí de sus batas, los pechos duros y morenos, llenos de la savia fuerte y noble, que asomaba en gotas de nieve en la cúspide de los cobrizos pezones.

Las parejas continuaban alejándose y pocos concurrentes quedaban ya en el rancho, cuando la voz de Mateo hizo callar a las demás. Contaba que en el mes anterior mató cinco tigres, uno de los cuales le dio un feroz zarpazo en el muslo derecho. Durante la última quincena el negocio marchó mal. Únicamente encontró varios *yaguareté-mí*, pero no daban ningún producto, y luego, era un asco el matarlos. Esa mañana había tropezado con los rastros de un tigre gigantesco. Le persiguió durante seis horas, pero el animal parecía con pocas ganas de dejarse *cuerear*. En Corá-pytá puso como carnada un venado muerto por él, y esperaba toparse con la fiera, para hacerla pagar el trabajo que le daba, matándola a simples golpes de facón.

Y, luego, mirando de reojo a Cirilo, comenzó a insinuar provocaciones. Él no era como algunos, decía, que, con fama de guapos, pasaban la vida entre mujeres. Le gustaba trabajar, y prueba de ello era que todo el bosque estaba manchado con su sangre. Y ahora quería hacer algo grande: el cuero del tigre de que habló, no lo vendería, lo reservaba para que sirviera de alfombra a la mujer a quien quería. Y, dándose vuelta hacia María, ofrecióle la piel del yaguareté a cambio del ramito de resedá que llevaba prendido en la cabeza.

Cirilo púsose pálido, e involuntariamente echó la mano a la cintura, buscando el pomo de la daga. María, llena de rubores, dirigióle una larga mirada de reconvención y con voz temblorosa, respondió:

-Cuando me lo traiga se lo daré.

-Bueno -dijo Mateo-, para mañana, si le gusta, ¡prenda!

El cazador, poniéndose de pie, se despidió de la concurrencia y al pasar junto a la dueña de casa le tendió la mano, diciendo:

-Adiós, *mamá*.

Cirilo, al escucharlo, dio un paso hacia adelante, como queriendo detenerle, pero el gaucho estaba ya a caballo y se despidió entre la noche, lanzando una larga carcajada.

Inmóvil, como petrificado, quedó allí Cirilo, con los ojos fijos en la tiniebla, las manos convulsas, destrozando con ellas los flecos finísimos del poncho; mientras que en el interior del rancho la cruz se alzaba entre el bosque ardiente de los cirios, con sus ángeles deformes, volando en el cielo de esmeralda del follaje y el sudario de ñandutí semejando a la distancia dos palomas de color de nieve posadas sobre sus brazos.

III

Amanecía. Pequeñas nubes de color de rosa mostrábanse en el horizonte, cuando Cirilo, saliendo con paso rápido del rancho, se internó en la selva. Un pensamiento fijo, inmutable, le animaba: matar el tigre, quitarle la piel y traérsela a María, para burlarse del cazador estúpido que le humillaba. Y marchaba a través de aquella primera claridad indecisa, llevándose por delante la maleza, lastimándose los pies con las espinas de los cactus, asustando con el impulso de su marcha a los pájaros que despertaban en el ramaje, y dejando jirones de su ropa en los zarzales y en las púas de los pequeños arbustos. Iba a *Corá-pytá* para seguir los rastros de la fiera, y decíase en su interior, que quedaría allí su osamenta, si no le fuera dable el regresar con su sangrienta carga triunfal.

Murmuraba palabras locas, frases extrañas, llenas de fiebre, que iban resonando quejumbrosamente entre el viento que se las llevaba. Por un instante, en medio de su carrera se detuvo, pensó que el tigre podría estar cerca de allí y quedó parado, temblándole todo el cuerpo, daga en mano... Cualquiera fosforescencia semejábanle [38] los ojos de la bestia. Y siguió después la marcha, hendiendo con su cuerpo el follaje, que por instantes hacía más espeso y entre el cual flotaban rayos de luz en la anunciación del día.

La selva estaba de fiesta y se llenaba de galas surgidas de entre las sombras. Era como una joven desposada entregándose de lleno a los holocaustos de la infinita fecundidad.

Las mamas de la tierra agotaban allí toda su leche. Los árboles se amontonaban unos sobre otros en legiones sin fin. Los troncos enlazábanse a los troncos, las ramas a las ramas, apretándose en nudos de músculos gigantes; las lianas contribuían a la realización de aquel connubio ilimitado, ascendiendo rectamente o amarrándose a las cortezas, envolviéndose en apretadas espiras, chupando la savia que aquéllas ocultaban, para ser vida ellas también e ir de copa en copa, anudando los lazos comunes que formaban la

existencia, el alma misma del bosque. Toda aquella naturaleza palpitaba, al recibir en su vientre el luminoso polen de la generación indefinida.

Los cedros alzaban su ramaje aterciopelado, entre el cual aparecía la floración rosada de los lapachos; naranjos amargos doblándose al peso de sus pomos; los paraísos, los dragos, los mamones, los guayabos, los limoneros repletos de azahares, parecían invadir la tierra y el firmamento; extendíanse sobre las capas de humus del suelo, haciendo palidecer los delicados matices de los musgos y de los helechos; alzándose de nuevo se ponían en pie, explotaban en púrpura, en esmeralda, en carmines, en el iris todo, estremeciéndose por entero y rimando una gigantesca sinfonía en la orquestación de cien mil tonos.

Escarabajos de oro marchaban por el fino césped, libélulas de alas transparentes se confundían entre bandas innúmeras de mariposas de raras formas y de coloraciones metálicas; las abejas zumbaban alrededor de los cálices prolíficos; los pequeños arroyos, al pasar junto a las piedras, murmuraban sus eternos ritornelos; los juncos mostrábanse brillantados por la humedad de la pasada noche; a través de las grietas de las rocas brotaban caraguataes empurpurados; las vacadas salvajes mugían a la distancia, y la mañana, en fin, hacía clamar a toda aquella selva al clavarle su flanco su candente acicate de sol.

Cirilo acercábase al lugar donde Mateo designó la presencia de la fiera. Sus pequeños ojos parduzcos investigaban los rastros; pero nada pudo distinguir, porque los gamos y los ciervos los habían borrado en sus locas carreras. Continuó su marcha. Las enredaderas le obstruían el paso y para no hacer mayor ruido, se arrastraba. Hubo un instante en que rozó con su mano algo frío, viscoso y fétido. Era una víbora de cascabel semiaterida por la frescura del rocío, tendida sobre un lecho de hojas secas. Con un trozo de tacuara le quebró el espinazo, y pasó.

Las primeras moles de rocas de Corá-pytá aparecieron. Encima de la piedra se alzaban cocoteros y palmas enanas. El bosque iba también conquistando el granito. De pronto, Cirilo se detuvo estremecido. Acababa de encontrar los rastros del tigre y junto a ellos, estampada la marca de un pie desnudo. En aquel instante, un largo gruñido se dejó oír, cercano. Después, un rugido rabioso y un grito desesperado de hombre. Luego, nada. Los zorzales continuaban rimando sus románticas sonatas entre el follaje de los naranjos.

Cirilo, loco de coraje, corrió por la espesura. Las espigas destrozábanle el rostro. Y al desembocar en un claro, el tigre se le presentó teniendo entre sus garras el cuerpo de Mateo. De la garganta del cazador, abierta por un zarpazo, partía un torrente tibio, rojo, humeante.

La fiera, ante su nuevo enemigo, se echó sobre los ijares y esperó. Cuarenta pasos los separaban. El animal y el hombre se examinaban mutuamente. La bestia se comprimía sobre sus cuartos traseros, dejando escapar tormentas de rugidos de sus belfos. Cirilo avanzaba, con el poncho arrollado en el brazo, haciendo centellear la hoja de la daga.

El tigre y el cazador reconcentraban todas sus fuerzas. La fiera, que había disminuido su estatura en una inverosímil compresión de músculos, dio un salto colosal. El felino y el hombre se confundieron, por un segundo, en algo informe y espantoso; después, rodaron por el suelo, a los pies mismo del cadáver. El tigre lanzó un supremo rugido y quedó inmóvil.

Cuando Cirilo se puso de pie, vio que Mateo tenía los ojos abiertos, muy abiertos, como si ellos quisieran fundirse en la diáfana serenidad de los espacios.

IV

Y en la tarde serena y magnífica, cuando el sol iba cambiando en púrpuras sus cataratas de oro, por el camino de los resedás silvestres, Cirilo, con el pecho herido, se arrastraba, llevando una piel de tigre sobre los hombros, y en sus manos sangrientas y febriles un ramillete de amarillentas flores de enredadera.